

VIDA E HISTORIA

VALERIO MASSIMO Y FABIO MANFREDI

VIDA E HISTORIA

Instrucciones de uso

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La vita e la historia. Istruzioni per l'uso*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Templo de Diocleciano en Palmira,
imagen vectorizada sobre grabado de 1895. © shutterstock

Primera edición: mayo de 2025

© 2023 Aliberti Comedit srl.

Published in agreement with Albardonedo Agencia Literaria, STda and by jr Literary Agency

© de la traducción: Juan Carlos Gentile Vitale, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2770-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 6188-2025

Impreso en España

Índice

<i>Premisa</i>	9
--------------------------	---

ENCUENTROS

Historia: instrucciones de uso	13
La guerra de Troya	25
Mi nombre es Nadie	31
La verdad de la novela histórica	45
Las siete maravillas del mundo antiguo	57
Alejandro Magno y las siete maravillas del mundo antiguo	75
Teutoburgo	93
Sobre la traición	107
La palabra es el medio, no el fin.	113

ENTREVISTAS

Buscar el regreso	121
Historia, <i>magistra vitae</i>	133
¿Escribir historia o escribir novelas?	145
Contar quiénes somos	153
Todos los caminos conducen a la historia	167
<i>Referencias</i>	187

Premisa

Los textos incluidos en este libro, al cuidado de Fabio Emiliano Manfredi, abrazan un arco temporal de unos quince años y comparten un origen común: la oralidad. Son narraciones que llegan a nosotros desde algunos de los lugares de la palabra, por así decir, que Valerio Massimo Manfredi ha habitado hasta ahora de manera puntual e inconfundible: el escenario de un teatro, una silla junto a su entrevistador o en un estudio de televisión. En estos escenarios, Valerio Massimo Manfredi se ha medido en la disciplina que más le agrada, la de la historia o, si se prefiere, la disciplina de «las historias». En efecto, si hay una persona que sabe encarnar en su mayor grado la feliz y consciente intersección entre fidelidad a los hechos de la historia y fidelidad al dictado de la inspiración, y de las emociones, esa persona es ciertamente Valerio Massimo Manfredi. Arqueólogo, cartógrafo, docente, escritor, autor, personaje televisivo..., todas variaciones del uso de la palabra.

Quien conozca las obsesiones narrativas de Manfredi hallará entre estas páginas lugares, nombres y personajes encontrados en sus novelas: las vicisitudes históricas de Alejandro Magno, las vicisitudes épicas de Odiseo, el recorrido de los Diez Mil contado en la *Anábasis* de Jenofonte, las siete maravillas del mundo antiguo, el Imperio romano. Hasta en las páginas que más pertenecen a nuestra contemporaneidad, como demuestran las vicisitudes del protagonista de la novela *Quinto mandamiento*.*

* Novela *Quinto comandamento*, de V. M. Manfredi, Mondadori, 2018. No traducida al español.

¿Y qué más comparten estas contribuciones, que llegan de los teatros, los estudios de televisión y los escenarios compartidos con otros, como se indicaba, y que han sido recogidas sobre papel por primera vez? La fabulación, la capacidad de Valerio Massimo Manfredi de unir más y más hilos rojos que como por encanto componen ante nuestros ojos una sola trama: la gran historia del Mediterráneo. Una historia que parte de los egipcios, encuentra Micenas, roza a los partos y los macedonios, invade Grecia, pasa por Italia y llega más al norte, hasta Alemania, y se hunde en el África desconocida. Los nombres que leemos en estas páginas, Odiseo, los Tolomeos, Augusto, Tiberio, Druso —pero también Fidel Castro—, son los protagonistas de vicisitudes que sería un error garrafal definir como pasadas, relegándolas a un tiempo que ya no tiene nada que decirnos, además de una pérdida intelectual.

En estas páginas, Valerio Massimo Manfredi consigue, como en todos los otros contextos en que ha ejercitado su palabra, enseñarnos, en el sentido concreto de indicar, cómo el pasado es siempre un lugar del que extraer continuas lecciones para conocer más el presente, como si de veras para mirar hacia delante a veces fuese necesario darse la vuelta, escrutar un poco más a fondo, y reanudar el camino.

ENCUENTROS

Historia: instrucciones de uso

Mi vida ha transcurrido estudiando el pasado. Cuando me preguntan si de todo eso he aprendido el «secreto» para vivir bien el presente, siempre respondo: el secreto es no detenerse nunca, tener siempre algo nuevo que hacer. Imaginar, inventarse, y simplemente correr, moverse, no permitir que nuestra melancolía nos bloquee. La vida es una aventura tan extraordinaria que no hay motivo para perder ni siquiera un segundo.

Mi abuelo era un gran narrador. Un narrador popular y no profesional, aunque tenerlo con nosotros no era fácil, porque en este sentido era una especie de «estrella». Durante el invierno iba a los establos, todas las tardes, o casi, a contar historias. Era muy solicitado por las otras familias.

Cuando caía una gran nevada y no podía ir a trabajar, venía a nuestra casa. Entonces era todo para mí y para mi hermano. Lo escuchábamos durante horas y horas, mientras tenía ganas de contar.

Creo que fue precisamente de él, de mi abuelo, de quien heredé este deseo, y quizá también este talento para contar historias.

Nací en una familia de agricultores. Mi padre tenía dos granjas, que trabajaba con entrega y sacrificio. Fui educado con pocos y sencillos principios. Mi padre me decía siempre: «No quiero oír la frase “estoy cansado”». «No quiero oír decir “no soy capaz”». «No quiero que me digas “me han golpeado”; es más, si vuelves a casa y te han golpeado, yo te doy más». Me vendaba las manos y me hacía dar puñetazos a un saco de trigo, luego se marchaba y decía: «Cuando vuelva, debes estar aún ahí dando golpes». En resumen, crecí con pocas «historias». Fui a un internado a la edad de diez años, sometido a una disciplina verdaderamente durísima y allí permanecí durante otros seis.

Cuando me preparaba para el bachillerato y el profesor me preguntó: «¿Qué quieres hacer después?», yo respondí: «Letras clásicas». Él me dijo: «¿Por qué no vas a vender plátanos?». Cuatro años des-

pués, le regalé mi primera antología de historiadores griegos, publicada por Zanichelli.

Aún recuerdo una pregunta suya: era crociano, y me interrogó sobre un fragmento de Arquíloco, que fue un poeta arcaico, un mercenario, un personaje extraordinario. El tema era el fragmento de un verso que, traducido, suena así: «Oh, si pudiera tocar la mano de Neóbula». Han corrido ríos de tinta sobre esta frase: el rudo mercenario, el guerrero exterminador que tiene un pensamiento tan ligero, romántico, hermoso por una mujer. Él me llamó y dijo: «Venga, Manfredi, ¿se ha preparado? Lea el pasaje de Arquíloco». Leí el verso, y él: «Bien, coméntemelo». Y yo pregunté: «¿Puedo decir lo que pienso?». «Sí, por supuesto», repuso él. «Este es un fragmento —dije—, pero ¿qué sabemos acerca de qué otras cosas quería tocarle?». Explotó como una bomba. «Es usted un insolente, vuelva a su sitio», aulló, y me puso un cuatro. Luego, si no recuerdo mal, ocho años después, fue encontrado un papiro de Oxirrinco del que se desprende que Arquíloco, a Neóbula, quería tocarle verdaderamente todo. Por tanto, no estaba tan equivocado.

Para mí, la universidad fue una de las más hermosas aventuras. Después del examen de literatura griega, un amigo y yo nos fuimos a Grecia en autostop: queríamos ver todo lo que habíamos estudiado. Hicimos cuarenta días en autostop, los últimos cinco viviendo a base de pan y uvas pasas, una comida muy calórica que nos había regalado un señor de Corinto, que las producía. Al final fuimos a Ítaca para buscar el palacio de Ulises, que no estaba allí. Justo hace quince días estuve de nuevo allí, para ver la excavación realizada por un colega en un palacio micénico en el norte de la isla, a igual distancia entre los dos puertos. Mi amigo miraba la escalera tallada en la roca que subía al plano superior y me dijo: «¿No te parece ver a Penélope bajando por esa escalera?».

La ciencia y la imaginación son dos cosas que no siempre se llevan bien. Pero estoy convencido de que también la ciencia necesita imaginación.

Mi primera experiencia docente fue extraordinaria. Escuela secundaria. Recuerdo que entré a la clase y dije: «¿Qué debéis hacer hoy?». «Épica». «Muy bien, leamos la *Ilíada*». «¡Qué rollo!». «¿Cómo que “qué rollo”? Ésta es una de las mayores obras maestras de toda la literatura universal, ahora veremos». Cogí el libro X de la *Ilíada*, lo escenifiqué y luego organicé una representación teatral. Durante las horas de educación artística, los muchachos diseñaban los trajes, en los talleres realizaban las armas, y los de tercero hacían la instalación eléctrica; el profesor de Música escribió la banda sonora, el de gimnasia los preparó para las escenas acrobáticas. Salimos a escena con un duelo a espada y escudo, después de haberlos hecho entrenar antes con las propias manos, luego con armas de madera, y al final con armas de metal. Cuando empezó la banda sonora, y los tambores batían con ese ritmo obsesivo, tuve que interrumpir los ensayos porque, si no, los muchachos se habrían matado en serio.

En resumen, al final, se habían metido tanto en los personajes que interpretaban, los héroes de Homero, que, cuando terminó la gira —hicimos varias representaciones—, los muchachos estaban afligidos: me preguntaban si estaría también al año siguiente.

En la vida se necesita también suerte. Yo la tuve. Un día estaba en una excavación con un colega de la Universidad de Roma, en Lavinio, donde se había hecho un descubrimiento absolutamente increíble. Pensad que era el final de la temporada, se les había acabado el dinero y estaban a punto de cerrarlo todo. Mi colega le dijo a su asistente: «Hazme un agujero allí, que todavía no lo he intentado». Aquél hizo el agujero y estalló la ira de Dios. Más de cien estatuas, pensad, más de cien estatuas de terracota policromada a una profundidad de dos palmos del nivel del suelo.

Fue un momento extraordinario, pero que planteaba toda una serie de interrogantes y de hipótesis. Habíamos examinado una que era tan fascinante, que pensé que era material para una novela. Fue entonces cuando tuve la idea. Pedí una cita con un amigo que tra-

bajaba en Mondadori y fui a ver al editor de literatura italiana, Alcide Paolini. Cuando llegué a su despacho, él me miró por encima de las gafas que tenía sobre la punta de la nariz y, con voz gélida, me preguntó: «¿Qué puedo hacer por usted?». Respondí: «Doctor Paolini, he venido aquí porque querría presentarle un proyecto editorial». Y él me dijo: «Pero ¿sabe que si todos vinieran aquí a exponernos sus proyectos editoriales ya no haríamos nada?». «Tiene razón, perdone, no molesto más», me disculpé, haciendo ademán de tomar la salida. Pero luego continué: «Pero, si me diera cinco minutos, me bastarían para demostrarle que, si no me los hubiera concedido, no se lo habría perdonado nunca». «Escucho».

Entonces le conté la historia como si fuera una película, con golpes de escena uno tras otro.

Cuando vi que lo había atrapado, dije: «Pero no quiero importunarlo más». «No, tenemos todo el tiempo que queramos, ¿por qué no se sienta y continúa? ¿Puedo ofrecerle un café?». Comprendí que había vencido.

Desde aquel momento desarrollé las dos profesiones: la de investigación, de excavación arqueológica, y la de la escritura.

Entre 1978 y 1985 realizamos un reconocimiento del itinerario de una antigua expedición militar. Recorrimos más de veinte mil kilómetros de pistas de tierra entre senderos intransitables de montaña. Fui arrestado tres veces en zonas fronterizas, e interrogado con dureza: y luego, cuando descubrían que se trataba de una cuestión militar de veinticinco siglos atrás, me soltaban.

Y así he seguido alimentando mi vida, tanto de un lado como del otro. Y en ambos campos he vivido experiencias extraordinarias.

Un día me llamó un productor de Cinecittà. Habían producido una película maravillosa, *El nombre de la rosa*, basada en una novela de Umberto Eco. Me dijo: «Quiero hacer una película sobre Alejandro Magno y me han dicho que eres competente. Necesito a alguien que tenga una cultura académica, pero también una predisposición de tipo

creativo». Luego continuó: «Tú serás el asesor de mi director, Oliver Stone». Oliver Stone, hace dieciocho años, me mandaba faxes: y yo, a cada fax con preguntas, respondía con un dossier de citas literarias, imágenes, fotografías, esculturas, todo lo que había disponible.

Al final, el proyecto no salió. Estaba demasiado adelantado a su tiempo, la tecnología de efectos especiales digitales estaba entonces en sus inicios; la película habría costado un pastón.

Varios años después escribí mi trilogía sobre Alejandro, que, pensad, hasta hoy ha sido traducida a treinta y nueve lenguas, incluido el árabe, y se ha publicado en setenta y cuatro países.

Luego ocurrió que conocí a Dino de Laurentiis. Me llamó un día que estaba en el aeropuerto de Barcelona, y me dijo: «Aparte de la historia de Alejandro, ¿tienes alguna otra idea?». Dije: «Sí, tengo la idea de mi nueva novela». «¿De qué se trata?». «Es la historia de un grupo de legionarios romanos de mala muerte que son contratados por un misterioso personaje para una misión imposible: liberar de Capri al último emperador, un chico de doce años». «Fantástico, lo hacemos de inmediato».

Se necesitaron cinco años y veintinueve versiones del guion. Una empresa verdaderamente extenuante. Pero al final salió una película que ganó dos Óscar.

De niños, íbamos siempre a los campos a recoger fruta. Era un trabajo duro, porque era más la fruta que caía que aquella que quedaba en los árboles, y nos correspondía a nosotros recogerla. Mi hermano y yo siempre hemos ayudado en el campo. Hacíamos un mes de vacaciones en el mar; luego, cuando llegaba el tiempo de la cosecha, mi padre nos venía buscar: recogíamos las peras y luego volvíamos al mar.

Esto para decir que he comenzado pronto a hacer trabajos «de campo», como hacen los arqueólogos.

Pero quiero aclarar una cosa. Los arqueólogos, cuando van al campo, no es que vayan a descubrir algo de la nada. Ya sabemos qué

hay allí; casi siempre lo sabemos. Luego, cierto, puede haber sorpresas. Se aprende un método: cómo se trabaja, cómo se busca, cómo se estudia, cómo se interpretan las fuentes.

Para hacer de arqueólogo sobre el terreno, hay que tener ganas de viajar.

Yo comencé a viajar de pequeño. Viajaba a mi manera, iba en ciclomotor. Tenía una Morini 50, luego una 125, siempre Morini, y cuando fui más mayorcito cogí una Guzzi v7 bicilíndrica. Bellísima, un poco remodelada. Una vez tuve un accidente bastante serio y destruí mi Guzzi v7, ni siquiera quería arreglarla. Entonces un amigo de Frascati me vendió una para desplazamientos más breves. Porque seguía yendo a la excavación.

La arqueología es un viaje en sí misma, porque se viaja al pasado, se toca con la mano, se ven emerger las cosas del suelo.

La geografía del mundo antiguo, para mí, más que una pasión es un interés. La pasión es una especie de *coup de foudre*, un flechazo. Yo, en cambio, he llegado poco a poco, casi cocido a fuego lento: las clases de la señora maestra, las ilustraciones del libro de texto, luego la secundaria, el instituto, la escuela de arqueología, que me hizo entender estas cosas. Aquélla era una escuela excelente: construíamos el vehículo con el que desplazarnos, lo arreglábamos. Empleábamos meses y meses. Era emocionante encontrarnos todos los fines de semana para martillar, para desmontar, para desbloquear un bulón oxidado. Estábamos montando nuestros sueños.

Y luego charlábamos, íbamos a la pizzería, compartíamos el entusiasmo y el ansia de la partida inminente. Finalmente partíamos. Atravesábamos toda la Italia oriental, los Balcanes, Anatolia; luego Irán, Afganistán e Irak, el Líbano, Israel, Jordania, Marruecos, Mauritania, Libia, Túnez

Los primeros días después del final del viaje estábamos como aturridos por todo lo que habíamos visto: ¿qué hacíamos aquí, en casa?, nos preguntábamos. Recomenzaba la vida normal y después

de poco tiempo ya queríamos volver a partir: «¿Adónde vamos el año próximo?».

A menudo dormíamos dentro de las ruinas. Por ejemplo, en Siria, en Dura Europos, donde se encuentra una de las primerísimas iglesias cristianas conocidas. Recuerdo que leíamos las inscripciones de los legionarios romanos sobre las jambas de la puerta. Yo he tenido entre las manos el yelmo de Ur: es algo que no se puede olvidar. Y luego conocíamos a colegas de todo el mundo; podíamos permitirnos cosas que un turista nunca podrá hacer.

Cuando hicimos la expedición de la *Anábasis*, primero fuimos a Inglaterra. Allí compramos tres Land Rover, usados, obviamente; los pusimos a punto, luego volvimos a partir hacia Oriente. Lo hicimos tres veces, por un total de veinte mil kilómetros, y constatamos que el relato de Jenofonte es tan preciso que los lugares pueden ser reconocidos todavía hoy.

Una mañana me desperté —nos levantábamos muy temprano— y me dije: «Pero si este sitio ya lo he visto...». Uno de mis amigos estaba haciendo café, estábamos solos él y yo, los otros dormían. Entonces le comenté: «Oye, una cosa, ve derecho en esa dirección, detrás de aquel promontorio; del otro lado debería haber un río. Sigue la corriente hacia la derecha, después de doscientos o trescientos metros debería haber un espolón rocoso que va hacia el centro del río. Abajo debería haber una gruta. Si ves todo eso, vuelve de inmediato». Él fue. Luego volvió, pálido, y me dijo: «Pero ¿cómo lo sabías?». Y entonces le respondí: «¡Está escrito en la *Anábasis* de Jenofonte!». Claro, no está expuesto de manera explícita y directa, se trata de la ambientación de una batalla. Pero la reproducción del entorno es tan precisa que es reconocible a la distancia de veinticuatro siglos.

No sé cuántos libros necesitaría para contar todos los recuerdos ligados a las expediciones arqueológicas. Pero si desplazo el fuego de la memoria hacia mi carrera de escritor, no puedo olvidar cómo nació la idea de las novelas sobre Alejandro.

En realidad, no sentía una especial pasión por Alejandro. Llegué a escribir sobre él por una combinación de hechos. Era el tiempo de Christian Jacq y de su ciclo de novelas sobre Ramsés, que habían vendido algo así como tres millones de copias, y en Mondadori querían volver a intentarlo. Antonio Franchini, mi editor, me preguntó sobre qué gran personaje de la Antigüedad habría querido escribir y yo respondí: tal vez, Alejandro. Y Franchini: «Vamos de inmediato donde el profesor Gian Arturo Ferrari y lo hacemos». Me propusieron cinco volúmenes, y yo inicialmente disentí: «¡No, ni hablar! Luego dirán que quiero imitar a Christian Jacq». Fueron tan insistentes que en un momento dado propuse: «Mirad, hagamos así. Yo ahora tengo que ir a la montaña, estaré unos diez días y escribo. Me llevo mi música y escribo. Si veo que la historia despega, me arrastra y me entusiasma, os telefono y hacéis el contrato. De otro modo, habré perdido diez días. Pero no es para tanto, porque en diez días al menos me habré ejercitado en la escritura». Fue así que en aquellos diez días escribí cien páginas, a las que habrían seguido traducciones en treinta y nueve lenguas y publicaciones en setenta y cuatro países.

¿Y los romanos? Si alguien me preguntara por qué amo tanto la civilización romana, respondería simplemente: porque los romanos son como nosotros, son un poco nuestros abuelos. Construyeron carreteras, acueductos, calefacción bajo el pavimento, baños con agua caliente, tibia y fría, una red de carreteras de cien mil kilómetros y luego mercados, plazas, almacenes y puertos. Los romanos supieron pensar y realizar un Estado estructurado, esencialmente como los nuestros.

De los romanos al 2000 d. C., el vuelo es más que pindárico, me doy cuenta. Pero también este vuelo es un pasaje de la historia, de mi historia, que continúa enseñándome incluso cuando menos me lo espero. Como cuando tuve la posibilidad de ver a Fidel Castro, en Cuba, enviado allí por Mondadori, coincidiendo con la salida en español de la trilogía sobre Alejandro. Sin que ni siquiera me diese

cuenta, me encontré escuchando un: «Señor Manfredi, el Comandante lo espera para cenar». Y yo pregunté: «¿Qué comandante?», y me subrayaron: «¡El Comandante!».

Me cambié, y cuando llegamos eran las once. Castro vino hacia mí, vestía de uniforme, tenía mi trilogía y me preguntó: «¿Cuánto hay de histórico y cuánto de ficción en este libro?». Yo respondí: «Todo lo que es histórico está en el libro. El resto es mío». «Interesante», fue su comentario.

En el momento de la comida, los puestos en la mesa estaban asignados. Yo era el tercero a su derecha. Me dirigí a mi puesto, pero me di cuenta de que mi nombre no estaba. Castro me había hecho desplazar a su derecha. Empezamos a hablar, no terminaba nunca. En un momento dado, hacia las dos, se adormeció. De pronto, se levantó, circunnavegó la mesa y se sentó de nuevo, diciéndome: «Ahora podemos continuar». Hablamos hasta las ocho de la mañana.

Una vez me hicieron esta pregunta: «Usted, que ha estudiado tan bien el pasado, ¿ha descubierto cuál es el secreto para vivir bien el presente?».

Mi respuesta es: no detenerse nunca, tener siempre algo nuevo que hacer. Imaginar, inventarse, y simplemente correr, moverse, no permitir que nuestra melancolía nos bloquee. La vida es una aventura tan extraordinaria, que no hay motivo para perder ni siquiera un segundo.

La guerra de Troya

Homero invoca a la musa al inicio de los dos grandes poemas sobre la guerra de Troya y sobre el regreso de Ulises a su patria. La musa invocada es Calíope, la musa amada por Apolo que preside la poesía épica y la poesía lírica. La madre de Calíope, y de todas las musas, es Mnemosine, diosa a la que se atribuye la personificación de la memoria y el poder de recordar. Todos estos nombres, junto con aquellos de los reyes y de los dioses guerreros que animan los dos poemas homéricos, nos enseñan cómo la lucha y el amor, el enfrentamiento y la nostalgia, son desde siempre materia de historias y de canto.

Una de las preguntas más difíciles, a la que el hombre no está aún en condiciones de dar respuesta, es: «¿Cuándo nació la conciencia?».

En la segunda mitad del siglo xx, un solitario y autorizado profesor de psicología de la Universidad de Princeton, Julian Jaynes, intentó razonar en torno a la cuestión y llegó a una tesis impactante.

Jaynes sostenía que la conciencia, así como estamos habituados a concebirla, nació hace unos tres mil años, a consecuencia de ese acontecimiento evolutivo que él define como derrumbe de la mente bicameral. Antes de esa fecha, según el psicólogo, la mayor parte de los hombres vivía como escindida en dos partes: por un lado, el hombre era controlado por el hemisferio derecho del propio cerebro, aquel ligado a las emociones, por el otro, era conducido por el hemisferio izquierdo, ligado al lenguaje.

Según Jaynes, el hemisferio derecho estaba poblado por voces: las voces de los dioses y de las autoridades que el hombre sentía como entidades externas, y con las cuales se relacionaba religiosamente. El advenimiento de la conciencia, en cambio, marcaría precisamente un derrumbe de esta separación radical. El hecho interesante, quisiera decir extraordinario, es que el testimonio de éste, según su teoría, sería precisamente el paso de la *Ilíada* a la *Odisea*.

¿Qué significa esto? Podríamos explicarlo con una fórmula: en la *Ilíada*, los personajes no meditan ni deciden; en la *Odisea*, los hombres, en cambio, se hacen autoconscientes. Como Ulises.

Es una tesis que no ha recibido ninguna verificación experimental o, en cualquier caso, decisiva, pero ha fascinado y continúa fascinando a algunos de los más importantes filósofos de la mente contemporáneos. Leer a Homero, el mítico y legendario autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*, desde semejante óptica es, debemos convenir, bastante perturbador.

¿La guerra de Troya ocurrió realmente? Es un interrogante para el que, después de veinte siglos, aún no se ha encontrado respuesta. ¿Tenemos fuentes históricas de este hecho? La respuesta es no.

Tenemos unos poemas. Y, como sabemos, la épica antigua es un poco como para nosotros el cine: un modo de narrar que no tiende a decir la verdad, sino que aspira a comunicar emociones.

Tenemos dos enormes poemas escritos o creados por Homero: pero no sabemos en qué medida él tenía noticias o datos. Lo único seguro es que se trata de dos gigantescas obras maestras, dos pilares de la literatura occidental.

La *Ilíada* está ambientada bajo los muros de Troya y cuenta la ira de Aquiles. La *Odisea* narra las excepcionales aventuras de uno de los héroes que han participado en la guerra de Troya: Odiseo, o Ulises. Se han intentado asociar, de todas las maneras posibles, unos contenidos históricos a estas historias. Sabemos que, en los años veinte del siglo pasado, dos estudiosos estadounidenses, Milman Parry y Albert Bates Lord, llevaron a cabo unas indagaciones en los Balcanes pensando encontrar huellas de los poemas orales en las narraciones de los trovadores que aún vivían en aquellos lugares. Su hipótesis era que también Homero era un trovador. Consiguieron entender que había un origen común entre sus poemas y los de aquellos cantores vagabundos de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, de aldea en aldea.

Pero si este tipo de narración oral y épica tuvo un éxito enorme, no debió de ser por casualidad. Algo tuvo que haber sucedido.

La historia contada por Homero es, ante todo, la de un secuestro. Helena, reina de Esparta, la mujer más hermosa del mundo, había

sido secuestrada por Paris, príncipe troyano, hijo del rey Príamo. Este episodio había desencadenado la guerra. Naturalmente, nadie lo cree; quiero decir, en términos históricos. Pero la historia es bellísima, y da vida a muchas curiosidades y preguntas. Por ejemplo: ¿Helena fue verdaderamente raptada o estaba de acuerdo con su raptor, guapo, joven y fascinante? Y luego, ¿cómo se desarrolló esta guerra, si efectivamente fue combatida?

Se desarrolló en un contexto que nosotros diríamos de guerra mundial. Porque estuvieron implicados todos los occidentales, por una parte, los reyes de la Grecia del Peloponeso, de las islas y de Mesenia, donde había muchos reyes y barones micénicos; y, por la otra, pueblos que estaban al este, sobre todo, los troyanos.

Probablemente no fue el rapto de Helena el que provocó el conflicto. Hubo un enfrentamiento entre los poderosos de Occidente, es decir, los aqueos, y los de Oriente. De los poemas del ciclo troyano podemos suponer que había dos coaliciones: también del otro lado del Egeo había una coalición, como la había en Occidente, en Grecia. El rey Príamo tenía aliados: lo sabemos porque tenemos poemas que se inspiran en estas participaciones. Las amazonas, por ejemplo, eran mujeres guerreras que vinieron en ayuda de Príamo. Vivían en Anatolia, por tanto, en Oriente, y las guiaba su reina, Pentesilea. En muchos ciclos pictóricos y escultóricos podemos admirar escenas de combate protagonizadas por las amazonas.

Luego hay otro poema, la *Etiópida*. Los etíopes son los protagonistas de esta otra aventura, pero ¿quiénes eran históricamente? Eran los negros, porque etíope significa «cara quemada». Por tanto, la *Etiópida* es la aventura de guerreros negros que son guiados por un rey, un héroe negro, llegados de África para socorrer a Príamo.

En resumen, sea como fuere que se desarrollaran las cosas desde el punto de vista estrictamente histórico, la guerra de Troya debió de haber sido un acontecimiento enorme, porque suscitó memorias extraordinarias y maravillosas, bellísimas narraciones. Esta

guerra debe de haber existido por fuerza, debe de haber sido combatida. Porque, de otro modo, no se explicaría cómo dio vida a por lo menos una docena de grandes poemas: más de cien mil versos llenos de historias maravillosas que aún hoy nos mantienen cautivos cuando las escuchamos.

Mi nombre es Nadie

Pero la guerra de Troya debe de haber ocurrido, porque la historia del regreso de Ulises a su casa, a su patria, es la historia de un Nadie que nos representa a todos. Es quizá la historia más elevada de todas, porque habla de un regreso. Porque cada viaje es un regreso.

Esta guerra, decíamos –un acontecimiento que ha desencadenado un ciclo poético de más de cien mil versos y doce poemas– no puede no haber existido. Entre los reyes, entre los barones micénicos que participaron en la empresa, entre los personajes más extraordinarios y fulgurantes, sobresalen dos nombres: Aquiles, el guerrero, y Odiseo, o Ulises, el hombre del ingenio multiforme, de mente colorida, el tejedor de engaños, pero también de empresas extraordinarias.

Se puede pensar que querer contar en una trilogía de novelas lo que ya ha contado Homero, del modo magistral que sabemos, es una locura. En realidad, con *Mi nombre es Nadie* he hecho algo distinto. He recogido todo el *corpus* relativo al rey de Ítaca: desde el nacimiento hasta el último, misterioso y enigmático viaje, uno de los más grandes misterios de la literatura universal. Para hacerlo, he necesitado tres novelas y tres volúmenes. En el segundo volumen de la trilogía he querido contar su regreso.

Los antiguos llamaban a estos viajes *nostoi*: los regresos de los héroes griegos a su patria después de la destrucción de Troya. De *nostoi* viene la palabra nostalgia: el dolor por el regreso, o también la tristeza del no regreso.

Ulises no quería la guerra. Sabemos, por cuanto queda de otros poemas, que hizo de todo para no ir. Porque, admitámoslo, desertar de una guerra es un hecho natural. Pero, antes aún, trató de evitar que esta guerra estallara.

Junto a Menelao, a cuya esposa habían raptado —la reina Helena, la mujer más hermosa del mundo—, Ulises se dirige a Troya para hablar con el viejo rey Príamo: «Es un hombre razonable —piensa el rey de Ítaca—, podremos negociar». En cambio, no fue así.

Ulises, como dijimos, no quería esta guerra. Partió dejando a su esposa, que quizá era solo una quinceañera, y se acababa de unir a él en el vínculo del matrimonio y amamantaba a un hijo que ya comenzaba a balbucear. Sin embargo, en ese punto, si la guerra no podía ser evitada, había que ganarla. A toda costa.

Y será él, Ulises, quien ganará esa guerra. No Aquiles, el más fuerte, el más fulgurante, que pone en fuga a los ejércitos con su voz atronadora, que asusta a los caballos y los hace enloquecer de terror. Sino Ulises, porque él es la *mente laberíntica*.

Es él quien proyecta la máquina tremenda, aquella máquina dentro de la cual se ocultarán los mejores y bajarán del vientre del caballo e irán a abrir las puertas, mientras otros harán las señales con las antorchas: y la flota que parecía haber partido, pero estaba escondida más allá de la isla de Tenedos, volverá atrás y en breve la noche se llenará de gritos y sufrimiento.

Luego Ulises tendrá que regresar. Ese *nostos* que es una serie de formidables aventuras.

Ulises quedará, al final de la guerra, con una sola nave para regresar. Llegará a una isla dominada por una misteriosa, omnipotente y solitaria presencia femenina, una criatura capaz de todo. Se llama Circe. Ella es la que transforma a sus compañeros en cerdos. Y, cuando llega, Circe intentará seducirlo de inmediato: «¿Por qué no subimos, por qué no subimos a la cama? Enlazados por el amor ya no tendremos miedo de nada, ya no tendremos ningún deseo de batirnos el uno contra la otra».

Pero Ulises le apunta la espada a la garganta y le exige: «Primero devuélveme a mis compañeros». Allí, en la isla de Circe, permanecerán un año. Lo repetirá Dante en el canto XXVI del *Infierno*: